

La conquista de Valencia

I

Sobre el rumoroso Turia
que sus mil cintas de plata
estendiende por fértil vega,
Valencia está situada...

Y tan hermosa aparece
tan altiva y tan gallarda,
como ninfa que se yerque
sobre un trono de esmeraldas.

La aprisionan bellos cármenes,
donde se ostentan galanas
las lindas flores de Iberia
al par que las plantas de Africa.

El aire es aire de aromas
que los vergeles exhalan,
y un sol de fuego en su cielo
azul, transparente, radia.

Alza torres atrevidas,
ostenta almenas muy blancas,
muros dobles, muy macizos,
y soberbias atalayas...

Y el mar que de ellas no lejos
en la inmensidad se espacia,
la adormece con el ritmo
de sus vibradoras cántigas.

Los moros la denominan
"su bellísima Sultana"
y el Cid, el batallador,

que en su corazón entraña
el amor a la belleza,
y una copia extraordinaria
de Fe, valor y heroísmo,
al contemplarla así exclama:
"Con la poderosa ayuda
del Señor, he de ganarlo."

II

Cuando el nimbo de la gloria
aparece y centellea
sobre la frente del héroe,
la envidia ruin, rastrera,
ocultase entre las sombras
y le persigue y le cerca,
dirigiéndole sañuda
sus imponentes flechas.

Así, envidiando a Rodrigo
sus excepcionales prendas,
el cúmulo de sus triunfos,
y renombradas proezas,
un alma ruin, mesquina,
y aprovechándose astera,
del encono que en el fondo
de su corazón encierra
contra él, el rey de Castilla,
en su ánimo le presenta
de tal modo, que hay entre ellos

continuas desavenencias.

Y aunque el noble caballero
siempre afanoso aprovecha,
la ocasión de dar a Alfonso
de su lealtad las pruebas,
y sus dominios ensancha,
y sus servicios le presta,
el soberano le paga
con la ingratitud mas negra...

Hasta que harto de sufrir
sus rencores y asperezas,
con un reducido ejército
a guerrear va por su cuenta.

¿A que enumerar sus glorias?

¿A que contar las empresas
donde recojó laureles?

Villas, pueblos, fortalezas,
se rinden ante él, brillando
en las soberbias almenas
los blasones de Castilla,
en vez de árabes enseñas...

Nada le satisface
y en su sed de gloria inmensa,
en su afán de conquistar,
el héroe extasiado sueña,
con los mágicos verples
de la preciada Valencia...

Por eso cuando avisado
de la vergonzosa entrega
que hizo a los Almoravides
de ella Ben Gehaf, se apresta,
y parte de Zaragoza

para acometer la empresa
de conquistarla, confiando
en Dios, que su brazo esfuerza.

III

"Rodrigo Díaz, el Cid,

"que con ser cristiano se honra,

"a Ben Gehaf, el que ciñe

"de Valencia la corona,

"que Dios de su lado aleje

"del error las densas sombras,

"y le haga ver claramente

"lo injusto y cruel de sus obras:

"pesar, arrepentimiento,

"te desea, el que su gloria

"cifró en no mancharse nunca

"con la traición que desdora,

"y ante su invicta bandera

"y su rey no se sonroja.

"¿De que te sirve reinar

"en esa ciudad hermosa,

"si ella abomina de aquel,

"que la vende y la traiciona?...

"¿Si el espectro de Yahia

"cual fantasma aterradora,

"te acusará de asesino,

"y usurpador de coronas?

"Y si los mismos Africanos

"te desprecian, y se mojan

"de tu proceder cobarde,

"¿de que oh Ben Gehaf blasonas?

"No es grande, ni poderoso,
"quien se eleva ¡infame! a costa
"del crimen, ni respetado
"el que su nombre deshonra.
"Ve que en nombre de tu víctima
"te reclamo desde ahora
"todo cuanto le robaste...
"Ya entre nosotros no hay otra
"embajada, que el ruido
"de los aceros que chocan,
"el relinchar estruendoso
"de los caballos, las notas
"de tambores y trompetas,
"que a la batalla convocan...
"Ya estoy cerca de los muros
"de la ciudad... ¡Oh, tu gloria
"es humo, nube que pasa...
"La sangre humeante y roja
"de Jahia, clama al Cielo
"justicia... misericordia
"pide a Dios humildemente...
"Tu crimen detesta y llora."
Vio cuando está el Cid cerca
de Valencia, con su tropa,
escribe a Ben Gehaf, ardiendo
en indignación y cólera.
Y empezando sus algaras
por la comarca aquella, ora
les arrebató ganados
y hombres; mas tarde les toma
el arrabal tan extenso
de Villanueva; luego osa

el acercarse a la Alcudia,
de ella se apodera y logra
que capitulen por fin
los de la ciudad, con sola
esta condición: Que él
con su ejército en Cebolla,
la inmediata fortaleza,
viviría; en cambio toda
la turba de Almoravides
se iría de allí, y la cuantiosa
cantidad a que ascendía
el trigo que en tanta copia
robó. Ben Gehaf a Jahia,
pagaría sin demora,
y además diez mil dineros
mensuales, como cuota.

IV

En la tienda de campaña
del Cid, conversando está
con él, un árabe astuto
que le envió Ben Gehaf.
Sabes - Rodrigo le dice -
que no quebrante la paz;
los Almoravides perfidos
me vinieron a atacar;
Dios no les prestó su ayuda
y como era natural
abandonaron la empresa,
y no cerque la ciudad.
— Ya ves señor, que nosotros

no sabíamos su plan,
y oponernos no pudimos.

— Nunca el hombre escudriñar
puede las conciencias de otros,
si es que eres ó no veraz
asegurar yo no debo...

Lo que sí sé que es verdad
es el que el hombre entre vosotros
hace estragos, y aguardar
no podéis por mucho tiempo.

— Esa tu razón me dá
á conocer claramente
que eres señor, además
de valiente, ~~o~~ discreto,
y no de aquellos que dan
por cierto cuanto les dicen...

Que bien contigo á pactar
en nombre de mi rey vengo.

Muy confiado en verdad,
que como siempre magnánimo
en esta ocasión serás.

— Habla pues — Señor, queremos
que nos vengan á auxiliar

El Mostain de Zaragoza,
y también el general
que aquí cerca, en Murcia tienen
los Almoravides... — ¡Sí!

— Y si acaso no vinieran
la ciudad te entregarán
dejando á sus habitantes
la vida, la libertad,
y los bienes que poseen.

en cuanto á Ahmed Ben Gehaf
el título de wali,
y el que pueda gobernar
á Valencia. Es cuanto ansiamos.

— Mucho es lo que pedís; mas
para que veáis como obra
un cristiano fiel, leal,
os lo concedo; y si al cabo
de quince días no están
á nuestro lado auxiliandoos,
me entregareis la ciudad —

El árabe confundido
de generosidad tal
ante Rodrigo se inclina,
y apenas si á murmurar
enfrenado de gozo
acierta un "te guarde Alá!"

V

Pronto vá á mediar el día (1)
y ya se hallan preparadas
las tropas, sólo esperando
que den la señal ansiada.

Un sol de fuego, esplendente,
en el azul cielo radia,
y brilla en las armaduras,
y se quiebra en las espadas...
Y los caballos relinchan
y los jinetes aguardan
impacientes, el momento
de lanzarse hácia la plaza.

(1) 15 de Junio del año 1094

Por fin el clarín resuena,
y en aquel instante estalla
en tambores y trompetas
una vibradora marcha,
un bello canto de gloria
que repercute en las almas.

Entre oleadas de polvo
ellos avanzan, avanzan,
hasta que se abren las puertas
de la ciudad conquistada...

El Cid que va a la cabeza

de su tropa, se adelanta,
y alzando al Cielo los ojos
eleva su alma en alas
de la oración... y penetra
y tras él con inmensa ansia
su ejército valeroso
que entusiasmado le aclama...
Y los arábes le ofrendan
con su admiración mas alta,
rindiendo homenaje al héroe
que así engrandece a su Patria.

Leema:

El Cid vino a ser la personificación del
pueblo español, y el símbolo vivo de nuestra Historia

Centenario. Puertos 1906

XVII-7
C-288

